



Hermandad Sacramental y Reales Cofradías Fusionadas de Ntro. Padre Jesús de Azotes y Columna, Stmo. Cristo de la Exaltación, Stmo. Cristo de Ánimas de Ciegos, María Santísima de Lágrimas y Favores, e Ilustre Archicofradía de la Santa Vera+Cruz y Sangre, Ntra. Sra. del Mayor Dolor y San Juan Evangelista, Primitiva de la Ciudad

XXXV CONSIDERACIONES EN TORNO A LA CRUZ

Málaga, 1 de mayo de 2017, en Agrupación de Cofradías de Semana Santa de Málaga

Rvdo. Padre Don Marcelino Manzano Vilches

"CONSIDERACIONES ANTE LA SANTA Y VERA CRUZ DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO"

Saludo inicial.

Debo comenzar agradeciendo el privilegio y el honor que supone para mí venir a Málaga, la ciudad hospitalaria, a la sede de su Agrupación de Cofradías de Semana Santa. En realidad, hemos venido una pequeña embajada de la Hermandad de la Vera+Cruz de Sevilla, a rendir nuestro sentimiento de amor y comunión en la Santa y Vera Cruz con las Reales Cofradías Fusionadas. Me acompañan D. Francisco Berjano y su esposa D.^a Pilar Tercero, siempre dispuestos a prestarme su afecto y su ayuda. Y también D. Manuel Tortajada y su esposa D.^a Amador, que sí que son nuestros embajadores permanentes aquí en la ciudad que mira al mar y que acoge a gentes de todo el mundo, y que proclama cada año de manera sublime la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor a través de sus impresionantes tronos y, sobre todo, por el testimonio de adoración a Nuestro Señor Jesucristo y la devoción a María Santísima de cientos de cofrades.

Pero permitidme que comience en Sevilla. Cada Lunes Santo, me sitúo junto al umbral de la puerta que da al pequeño atrio de la Capilla del Dulce Nombre de Jesús. Unos minutos antes, con un cuidadoso trabajo de

costaleros y capataces, ha salido el paso del Santísimo Cristo de la Vera+Cruz, la bellísima imagen con matices góticos que desde 1448, primero en el Convento Casa Grande de San Francisco (durante varios siglos), después en la Iglesia de San Alberto, y desde 1942 en esa preciosa capilla de la feligresía de mi Parroquia de San Vicente, va recogiendo miradas y plegarias de los sevillanos y de todos los que se acercan a ver su Semana Santa. Antes aún ha salido la austera Cruz de Guía, con un lema bien claro, para que todo el mundo lo lea y lo entienda: “Toma tu Cruz y sígueme”. Y como ilustrando con el ejemplo lo que han leído, para que se entienda todavía mejor, camina tras ella el primer tramo de nazarenos, ruán negro y cinturón de esparto, dejando caer un cordón a la manera del hábito franciscano, llevando su Cruz de penitentes.

Me sitúo en el umbral, y detrás del paso del Santísimo Cristo de la Vera+Cruz, me gusta ver pasar las distintas representaciones de las Hermandades de la Confraternidad Nacional de la Vera Cruz, que tienen el detalle de realizar ese día con nosotros la estación de penitencia a la Santa Iglesia Catedral. Me gusta ver pasar esa amalgama de colores en las túnicas, capas y antifaces. Predomina el verde crucero, claro, pero hay una paleta cromática que da hermosura a la serenidad de la tarde del Lunes Santo en la calle Jesús de la Vera Cruz. Cada Hermandad con su historia, su origen, su actualidad, sus proyectos y esperanzas, sus dificultades... pero todos unidos en la fe en Jesucristo y en la devoción a la Santa y Vera Cruz. Cuando terminan de salir los nazarenos de las representaciones, de nuevo regresará el ruán negro y el esparto de nuestra Hermandad. Tengo que apresurarme a recoger mi vara, con la que acompañaré al Hermano Mayor y a otros miembros de la Junta de Oficiales en la presidencia del paso de Ntra. Sra. de las Tristezas. Sobre la mesa de altar, en la penumbra, iluminada por dos candeleros (cera verde, por supuesto), está la reliquia de la Verdadera Cruz de Jesucristo. Un nazareno la llevará delicadamente con un paño bordado sobre sus manos, justo por delante de la presidencia del paso de la Virgen. Dos servidores vestidos de librea lo flanquearán portando sendos faroles y pañuelos, que servirán para ir puliendo los besos de los que se acercan con devoción (tal vez algunos, con curiosidad) a besar ese trocito pequeño de la Cruz del Señor. Los que vamos en la presidencia somos los primeros en besar la reliquia cuando el nazareno, en ese puesto siempre anhelado por muchos hermanos, la toma y baja las escaleras del altar para incorporarse a la procesión. Por la calle se acercarán las gentes y pondrán su beso, es decir, sus oraciones, su amor, su petición, en el Santo Madero donde nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, derramó su sangre y entregó su vida por nuestra salvación y el perdón de nuestros pecados.

¡Besar una cruz! Si lo hubieran imaginado por un instante siquiera los soldados romanos que tan cruelmente clavaron a Jesús en aquel instrumento de tortura, pensarían que estamos locos los que, dos mil años después, seguimos al Nazareno, porque sólo Él tiene palabras de vida eterna, porque sólo Él es el Camino, la Verdad y la Vida.

¡Besar la cruz! Eso es lo que simbólicamente hago al comenzar esta reflexión que quiero compartir con vosotros, queridos hermanos de las Reales Cofradías Fusionadas de Málaga, hermanos en la Vera Cruz, que me habéis llamado para tener el honor de dirigirme a vosotros en este día en que iniciamos el mes de mayo, el mes de María, pero también el mes de la Cruz. Sólo quisiera pedir os perdón de antemano por si mis torpes palabras no alcanzan a expresar lo que sondeo en mi corazón al hablar de Jesucristo y la Vera Cruz. Pedir os perdón porque no escucharéis versos de mis labios, sino sólo el canto devoto de este pobre sacerdote que cada vez que celebra la Santa Misa, tiene vértigo al darse cuenta de que por sus indignas manos, Cristo vuelve a entregarse en la Cruz por nuestra salvación y el perdón de nuestros pecados, esta vez en el pan y el vino de la Eucaristía.

Y exaltar la Cruz... Como hoy aquí, como en Sevilla cuando cada año, también por mayo, convocamos nada más y nada menos que unos Juegos Florales, es decir, una justa poética, una pugna por ensalzar desde la belleza el significado de la Vera Cruz. Alguna persona no cristiana podría preguntarnos: ¿por qué “exaltar” la Cruz? Podemos responder que no exaltamos una cruz cualquiera, o todas las cruces: exaltamos la Cruz de Jesús, porque en ella se reveló al máximo el amor de Dios por la humanidad. Es lo que nos recuerda el Evangelio de San Juan: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito” (3, 16). El Padre entregó al Hijo para salvarnos, y esto implicó la muerte de Jesús, y la muerte en la Cruz. ¿Por qué? ¿Por qué fue necesaria la Cruz? Ay, esa pregunta que atraviesa nuestra fe... ¿Fue necesaria la Cruz? ¿Es necesaria nuestra Cruz, la de cada uno de nosotros?

Sí, era necesario que el Hijo de Dios muriera en la Cruz, a causa de la gravedad del mal que nos esclavizaba. La Cruz de Jesús expresa toda la fuerza negativa del mal y toda la omnipotencia de la misericordia de Dios. La Cruz parece determinar el fracaso de Jesús, pero en realidad manifiesta su victoria. En el Calvario, quienes se burlaban de Él, le decían: “si eres el Hijo de Dios, baja de la Cruz” (cf. Mt 27, 40). Pero era verdadero lo contrario: precisamente porque era el Hijo de Dios estaba allí, en la Cruz, fiel hasta el final al designio del amor del Padre. Y precisamente por eso Dios exaltó a Jesús (Flp 2, 9), confiriéndole una realeza universal.

Y cuando dirigimos la mirada a la Cruz donde Jesús estuvo clavado, contemplamos el signo del amor infinito de Dios por cada uno de nosotros y la raíz de nuestra salvación. De esa Cruz brota la misericordia del Padre, que abraza al mundo entero. Por medio de la Cruz de Cristo ha sido vencido el Maligno, ha sido derrotada la muerte, se nos ha dado la vida, se nos ha devuelto la esperanza. La Cruz de Jesús es nuestra única esperanza verdadera. Por eso la Iglesia exalta la Santa y Vera Cruz y también por eso nosotros, los cristianos, bendecimos con el signo de la Cruz, y por eso nosotros, los cofrades, la adornamos con flores, con plata, con carey, con cantoneras de oro, con maderas nobles y con el canto de pregones, poemas y consideraciones como esta que estoy compartiendo con vosotros. En otras palabras, no exaltamos las cruces, sino la Cruz gloriosa de Jesús, signo del amor inmenso de Dios, signo de nuestra salvación y camino hacia la Resurrección. Y esta es nuestra esperanza.

Mientras contemplamos y celebramos la Santa Cruz, pensamos con emoción y compasión en tantos hermanos y hermanas nuestros que son perseguidos y asesinados a causa de su fidelidad a Cristo. Esto sucede especialmente allí donde la libertad religiosa aún no está garantizada o plenamente realizada. Pero también sucede en países y ambientes que en principio protegen la libertad y los derechos humanos, pero donde concretamente los creyentes, y especialmente los cristianos, encuentran obstáculos y discriminación. Por eso hoy los recordamos y rezamos de modo particular por ellos.

Hace unos días, en la pasada Semana Santa, hemos vivido momentos de zozobra en Málaga y en Sevilla. Incidentes que han perturbado a algunas de nuestras cofradías y que ocasionan que tengamos cierto temor a realizar nuestra estación de penitencia. Más allá de las conclusiones a las que lleguen las investigaciones, y descartando motivaciones complicadas, lo cierto es que sentimos cómo hay obstáculos para mostrar nuestra fe. Yo, a través de la prensa, hice un llamamiento a dar un paso adelante, y no hacia atrás. Pensando en tantos hermanos nuestros cristianos a los que verdaderamente se les impide la fe, y se juegan la vida en ello. Pero no renuncian a creer y amar a Jesucristo, y a anunciar su Buena Noticia. No se merecen que nosotros, en dificultades mucho menores, nos retiremos. Al contrario, desde la paz y la misericordia, ofrecemos a los demás lo que somos y tenemos: nuestras benditas imágenes, que nos acercan al misterio de Dios que se entrega por nosotros, y el testimonio del peregrinar con nuestras túnicas de nazarenos por las calles.

Historia del hombre e historia de Dios se entrecruzan en la Cruz. Una historia esencialmente de amor. Un misterio inmenso, que por nosotros

solos no podemos comprender. ¿Cómo probar esa dulzura amarga del sacrificio de Jesús?

Es posible comprender un poco el misterio de la Cruz de rodillas, en la oración, pero también con las lágrimas. Es más, son precisamente las lágrimas las que nos acercan a este misterio. ¡Qué bien lo sabéis aquí, que llamasteis a María como Madre de Lágrimas y Favores! Sin llorar, sobre todo sin llorar en el corazón, jamás entenderemos este misterio. Es el llanto del arrepentido, el llanto del hermano y de la hermana que mira tantas miserias humanas y las mira también en Jesús, de rodillas y llorando. Y las descubre también en la Santísima Virgen María. Por eso, de esas Lágrimas vienen los Favores de Dios, es decir, su gracia, su don, su misericordia, de la que María es medianera especialísima. Traigamos aquí las lágrimas que derramamos, las de tantas personas cercanas a nosotros, o aquellas lágrimas de los que no conocemos, pero que salen a nuestro encuentro o simplemente están al borde de nuestros caminos, como aquel herido que encontró el samaritano de la parábola que Jesús narró para explicar quién es nuestro prójimo. Pienso en nuestras Caritas Parroquiales o en nuestras bolsas de caridad. En las lágrimas de las familias que atendemos, de los enfermos que visitamos, de las personas sin hogar que intentamos sacar de la calle o en nuestras propias lágrimas de impotencia cuando no encontramos soluciones para todos estos problemas en los que nos hemos comprometidos como cristianos y cofrades... En esas lágrimas está la posibilidad de introducirnos en el misterio de la Cruz. En nuestra lucha contra el mal sabiendo que es Jesucristo quien nos sostiene y alienta nuestra esperanza para aliviar nuestro cansancio y sacar fuerzas para seguir construyendo su Reino. La Cruz se ha de acoger, ante todo, en el corazón, y después se ha de llevar en la vida. Muchos cristianos y cofrades han abrazado la Cruz a lo largo de los siglos: ¿podemos dejar de dar gracias a Dios por ello? No, sin duda. Evocamos aquí a hombres y mujeres a los que les ponemos rostro: nuestros padres y nuestras madres, nuestros abuelos, hermanos, amigos. O esos miembros de nuestra Hermandades que nos transmitieron su legado, de manera que ahora somos nosotros los encargados de mantener el amor y la devoción a nuestras imágenes titulares y, cómo no, el sentido de fraternidad que da sentido a que nos podamos llamar con ese siempre exigente nombre de Hermandad.

Los Padres de la Iglesia (es decir, los grandes pastores y teólogos de los primeros siglos de la Iglesia) comparaban siempre el árbol del Paraíso con el del pecado. El árbol que da el fruto de la ciencia, del bien, del mal, del conocimiento, con el árbol de la Cruz. El primer árbol había hecho mucho mal, mientras que el árbol de la Cruz nos lleva a la salvación, a la

salud, y perdona aquel mal. Este es el itinerario de la historia del hombre. Un camino que permite encontrar a Jesucristo Redentor, que da su vida por amor. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar el mundo, sino para que el mundo sea salvado por medio de Él, como nos dice Jesús en el Evangelio de San Juan. ¿Y cómo nos salvó? Con este árbol de la Cruz. A partir del otro árbol comenzaron la autosuficiencia, el orgullo y la soberbia de querer conocer todo según nuestra mentalidad, según nuestros criterios, también según la presunción de ser y llegar a ser los únicos jueces del mundo. Esta es la historia del hombre. En el árbol de la Cruz, en cambio, está la historia de Dios, quien quiso asumir nuestra historia y caminar con nosotros. Nos dirá el apóstol San Pablo que Jesucristo, aún siendo de la condición de Dios, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo, asumiendo una condición de siervo, hecho semejante a los hombres. Jesucristo se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz. Este es el itinerario de la historia de Dios. ¿Y por qué lo hace? De nuevo, sus propias palabras en el Evangelio de San Juan nos dan la respuesta: tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios realiza este itinerario por amor. No hay otra explicación.

Hoy debemos proclamar con vigor el Evangelio de la Cruz, es decir, de Jesús muerto y resucitado para el perdón de los pecados. Este anuncio de salvación, que asegura a los creyentes la vida eterna, desde el día de Pascua no ha dejado nunca de resonar en el mundo. Es la buena noticia que desde Jerusalén, y más tarde desde Roma, se ha difundido por todo el mundo. Ese es el sentido de que existamos como Hermandades: proclamar y hacer vida concreta el Evangelio de la Cruz, que es el Evangelio de la Misericordia. Una Buena Noticia de alcance universal, que se dirige a cualquier hombre y mujer, sea cual sea su origen, su raza y su circunstancia, porque la Cruz no es extraña a nadie. Y es urgente esa propuesta de amor, en la que los cofrades sois, somos, llamados de forma especial.

Sí, la Cruz está inscrita en la vida de toda persona. Querer excluirla de la propia existencia es como querer ignorar la realidad de la condición humana. ¡Es así! Hemos sido creados para la vida y, sin embargo, no podemos eliminar de nuestra historia personal el sufrimiento y la prueba. Queridos cofrades, ¿no experimentáis también vosotros diariamente la realidad de la Cruz? Cuando en la familia no existe la armonía, cuando aumentan las dificultades en el estudio, cuando los sentimientos no encuentran correspondencia, cuando resulta casi imposible encontrar un puesto de trabajo, cuando por razones económicas tantos jóvenes os veis obligados a sacrificar el proyecto de formar una familia, cuando debéis

luchar contra la enfermedad y la soledad, y cuando corréis el riesgo de ser víctimas de un peligroso vacío de valores, ¿no es acaso la Cruz la que nos está interpelando?

Una difundida cultura de lo efímero, que asigna valores sólo a lo que parece hermoso y a lo que agrada, quisiera hacernos creer que hay que apartar la Cruz de nosotros. Esta moda cultural promete éxito, carrera rápida y afirmación de sí a toda costa. Invita a una sexualidad vivida sin responsabilidad y a una existencia carente de proyectos y de respeto a los demás. Abramos bien los ojos. Este no es el camino que lleva a la alegría y a la vida en plenitud, sino la senda que conduce al pecado y a la muerte. Es lo que dice Jesús con sus propias palabras, y que todo hermano de la Vera Cruz, sea de la población que sea, debe llevar grabado a fuego en el corazón, como en esa Cruz de Guía que va interpelando a Sevilla cada Lunes Santo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda su por mí, la encontrará” (Mt 16, 24-25).

Jesús no nos engaña. Con la verdad de sus palabras, que parecen duras pero llenan el corazón de paz, nos revela el secreto de la vida auténtica. Él, aceptando la condición y el destino del hombre venció el pecado y la muerte y, resucitando, transformó la Cruz de árbol de muerte en árbol de vida. Es el Dios con nosotros, que vino para compartir toda nuestra existencia. No nos deja solos en la Cruz. Jesús es el amor fiel, que no abandona y que sabe transformar las noches en albas de esperanza. Si se acepta la Cruz, genera salvación y procura serenidad, como lo demuestran tantos testimonios creyentes.

En muchos lugares de Andalucía, a partir de hoy haremos fiesta en torno a la Cruz. Las hermosas fiestas de las cruces de mayo, en la que los vecinos se reúnen, la Cruz en medio, adornada o hecha de flores, para cantar, bailar, reír, comer, beber y compartir la vida. También en muchos sitios, los niños aprenderán a ser costaleros y capataces, jugando a las cruces de mayo y sacando sus pasitos a la calle. Bendita fiesta y bendita infancia. Pero lo cierto es que, mirando las heridas que curten cada una de nuestras existencias, la Cruz da miedo. Sí, nos gusta mirarla porque en ella está clavado nuestro Señor, aquel a quien miramos y nos da fuerza y serenidad. Pero da miedo acercarse y tocar su rugosidad y sus astillas, que se te clavan y te hacen daño, y te hacen sangrar, mezclando tu propia sangre con la del Divino Redentor, que empapó con la suya el Santo Madero.

¡Tocar la Cruz! En Sevilla, a nuestra Hermandad de Vera+Cruz, cuando va terminando la Cuaresma, acude un numeroso grupo de personas ciegas, a través de nuestra vinculación con la O.N.C.E., que tuvo su sede en la que ahora es nuestra Capilla. El Santísimo Cristo de la Vera+Cruz está expuesto en devoto besapiés. Esas personas invidentes son invitadas a tocar al Señor, a acariciarle, para poder verlo a través de su tacto. Pasan sus dedos por los pies, los clavos, las llagas, su rostro. Y, como aquel día en Betania, en que una mujer, seguramente María Magdalena, regó con sus lágrimas de amor los pies de Jesucristo en casa de un fariseo, estos invidentes derraman sus lágrimas ante quien mejor comprende su Cruz. Ellos tocan la Cruz del Stmo. Cristo de la Vera+Cruz porque la están sintiendo cada día en su rugosidad más áspera. Y, lejos de reproches a quien tiene en sus manos el poder en cielos y tierra, lloran por encontrarse con quien es la Luz del mundo, el que cura la peor ceguera, que es la del alma. Los que tenemos la oportunidad de contemplar ese momento, nos atrevemos también a derramar lágrimas de emoción, que ni mucho menos tienen la categoría espiritual de las que salen de los ojos de esos ciegos, que sí que saben mirar y descubrir al Señor, tocando su Cruz.

Os confieso que a mí me da miedo tocar la Cruz. Cuando Jesús anuncia su Pasión a los apóstoles, ellos no comprenden sus palabras y, por si acaso, no piden explicaciones. Tenían miedo de preguntarle. Tenían miedo a la Cruz. Y, sin embargo, seguir a Jesús significa inevitablemente aceptar y tocar la Cruz que se presenta a cada cristiano. Y a la Santísima Virgen María, (que sabe, por haberlo vivido, cómo se está junto a la Cruz) debemos pedirle la gracia de no huir de la Cruz, incluso si tenemos miedo. En realidad, también Jesús le tenía miedo, e incluso le pide a Dios: “Padre aleja de mí este cáliz”. Pero añade: “que se cumpla tu voluntad”. Y esta es la diferencia.

Cuando nos comprometemos en el testimonio del Evangelio, en el seguimiento de Jesús, en la vida de Hermandad, estamos todos contentos, pero no nos preguntamos nada más, no hablamos de la Cruz. Sin embargo, como existe la regla de que el discípulo no es más que el maestro, existe también la regla por la que no hay redención sin derramamiento de sangre. Y no hay trabajo apostólico fecundo sin la Cruz. Cada uno de nosotros puede tal vez pensar: ¿a mí qué me sucederá? ¿Cómo será mi cruz? No lo sabemos, pero estará y debemos pedir la gracia de no huir de la Cruz cuando llegue. Ciertamente, nos da miedo, pero el seguimiento de Jesús acaba precisamente ahí. Después de su Resurrección, Jesús pregunta a Pedro por tres veces: ¿me amas? Por tres veces le encomienda: apacienta mis ovejas. Y termina diciéndole: te llevarán allí donde tú no quieres ir. Jesús está

anunciando a Pedro la Cruz que él también sufrirá, y que cargaremos todos los que, junto a Pedro y los demás apóstoles, formamos la Iglesia.

Dios puso en la Cruz de Jesús todo el peso de nuestros pecados, todas las injusticias perpetradas por cada Caín contra su hermano, toda la amargura de la traición de Judas y de Pedro, toda la vanidad de los prepotentes, toda la arrogancia de los falsos amigos. Era una Cruz pesada, como la noche de las personas abandonadas, pesada como la muerte de las personas queridas, pesada porque resume toda la fealdad del mal. Sin embargo, es también una Cruz gloriosa como el alba de una larga noche, porque representa en todo el amor de Dios que es más grande que nuestras iniquidades y nuestras traiciones. En la Cruz vemos la monstruosidad del hombre, cuando se deja guiar por el mal. Pero vemos también la inmensidad de la misericordia de Dios que no nos trata según nuestros pecados, sino según su misericordia.

Sí, duele tocar la Cruz de Jesús. Pero en ella también tocamos con las manos la medida en la que somos amados eternamente. Ante la Cruz nos sentimos “hijos” y no “cosas” u “objetos”. Como afirmaba san Gregorio Nacianceno dirigiéndose a Cristo con esta oración:

Si no existieras Tú, mi Cristo, me sentiría criatura acabada.
He nacido y me siento desvanecer.
Como, duermo, descanso y camino, me enfermo y me curo.
Me asaltan innumerables ansias y tormentos,
gozo del sol y de cuanto fructifica la tierra.
Después muero y la carne se convierte
en polvo como la de los animales, que no tienen pecados. Pero yo,
¿qué tengo más que ellos?
Nada sino Dios.
Si no existieras Tú, oh Cristo mío,
me sentiría criatura acabada.
Oh Jesús nuestro, guíanos desde la Cruz a la Resurrección,
y enseñanos que el mal no tendrá la última palabra,
sino el amor, la misericordia y el perdón.
Oh Cristo, ayúdanos a exclamar nuevamente:
“Ayer estaba crucificado con Cristo, hoy soy glorificado con Él.
Ayer estaba muerto con Él, hoy estoy vivo con Él.
Ayer estaba sepultado con Él, hoy he resucitado con Él”.

Recordemos a los enfermos, a los pobres, a los que no tiene hogar, a los esclavizados por la droga o cualquier otra adicción, a nuestros hermanos cristianos perseguidos... Recordemos a todas las personas

abandonadas bajo el peso de la Cruz, a fin de que encuentren en la prueba de la Cruz la fuerza de la esperanza de la Resurrección y del amor de Dios.

La Cruz de Jesús es la Palabra con la que Dios ha respondido al mal del mundo. A veces nos parece que Dios no responde al mal, que permanece en silencio. En realidad Dios ha hablado, ha respondido, y su respuesta es la Cruz de Cristo: una palabra que es amor, misericordia, perdón. Y también juicio: Dios nos juzga amándonos. Si acojo su amor estoy salvado, si lo rechazo me condeno, no por Él, sino por mí mismo, porque Dios no condena. Él sólo ama y salva. La palabra de la Cruz es también la respuesta de los cristianos al mal que sigue actuando en nosotros y a nuestro alrededor. Los cristianos deben responder al mal con el bien, tomando sobre sí la Cruz, como Jesús. Y recorrer su Via Crucis en la vida de cada día. Caminemos juntos por la vía de la Cruz, caminemos llevando en el corazón esta palabra de amor y de perdón. Caminemos esperando la Resurrección de Jesús, que nos ama tanto. Es todo amor.

Muy cerca de Jesús, en la Cruz, estaba su madre, la Santísima Virgen María. A Ella le pedimos la gracia de que no se nos quite el temor a la Cruz, para que siempre valoremos lo que el Hijo de Dios fue capaz de hacer por nosotros, para que nunca hagamos rutina de acercarnos a la Cruz, para que siempre nos sorprenda hasta dónde llega el amor de Dios por nosotros. Pero pidámosle también a María la gracia de no huir de la Cruz. Ella estaba allí y sabe cómo se debe estar cerca de la Cruz.

Así nos lo cuenta el Evangelio de San Juan: “Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio”.

Sin lugar a dudas se percibe en este hecho una expresión de la particular atención del Hijo por la Madre, que dejaba con tan grande dolor. Sin embargo, sobre el significado de esta atención, el testamento de la Cruz de Cristo dice aún más. Jesús ponía en evidencia un nuevo vínculo entre Madre e Hijo. Se puede decir que, si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido definida desde el momento mismo de la Anunciación, o antes aún, desde el momento mismo de su Inmaculada Concepción, ahora es precisada y establecida claramente. La maternidad de María, su ser Madre nuestra, emerge de la definitiva maduración del Misterio Pascual del Redentor. La Madre de Cristo, es entregada al hombre (a todos y cada uno) como madre. Este hombre junto a la Cruz es Juan, el

discípulo que él amaba. Pero no está él solo. Siguiendo la tradición, el Concilio Vaticano II no duda en llamar a María “Madre de Cristo, madre de los hombres”. Esta nueva maternidad de María, engendrada por la fe, es fruto del nuevo amor, que maduró en Ella definitivamente junto a la Cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo.

El amor que madura en la Cruz como buen fruto de ese Santo Árbol es el amor de Jesucristo: un amor entregado hasta el extremo. Un amor que es misericordia, es decir, que se inclina tierna y cariñosamente hacia los más débiles, hacia los que están en la miseria, por causa del pecado o de la pobreza. Un amor como el de la Santísima Virgen María. Nos ha pedido el Papa Francisco que no tengamos miedo a mostrar ternura, la de nuestro buen Padre Dios, que nos entrega el Espíritu Santo por medio de Jesucristo. Para crecer en la ternura, en la caridad respetuosa y delicada que reclama nuestra condición de cristianos y cofrades, nosotros tenemos en María un modelo a quien dirigir con seguridad nuestra mirada. María, la Madre de Jesús y Madre nuestra, atenta a la voz de Dios y a las necesidades y dificultades de sus hijos. María, animada por la divina misericordia, que en Ella se hace carne, se olvida de sí misma y se encamina rápidamente de Galilea a Judá para encontrar y ayudar a su prima Isabel. Intercede ante su Hijo en las bodas de Caná cuando ve que falta el vino para la fiesta. A lo largo de su vida, lleva en su corazón las palabras del anciano Simeón anunciando que una espada atravesará su alma, y permanece con fortaleza a los pies de la Cruz de Jesús. Ella sabe muy bien cómo se sigue el camino del Calvario que lleva hasta la Cruz y por eso es la Madre de todos los crucificados, de todos los enfermos y de todos los que sufren. Podemos recurrir confiados a Ella con filial devoción, seguros de que nos asistirá, nos sostendrá y no nos abandonará. Es la Madre del Crucificado y Resucitado: permanece al lado de nuestras cruces y nos acompaña en el camino hacia la Resurrección y la vida plena.

Aquí, en estas queridas Reales Cofradías Fusionadas, María es Madre de Lágrimas y Favores, pero también es Madre del Mayor Dolor. En Sevilla la llamamos Madre de las Tristezas. Cada Lunes Santo, cuando ya me separo del umbral de la puerta porque han salido los nazarenos de las representaciones de las Hermandades de nuestra Confraternidad Nacional de Vera Cruz, y tras besar la reliquia del Santo Madero, el Diputado Mayor de Gobierno me entregará una sencilla vara para acompañar al Hermano Mayor delante del paso de palio de la Virgen. Y comienzo mi Estación de Penitencia hasta la Catedral. La severa disciplina de nuestra cofradía me impide que me vuelva hacia atrás para contemplar la serena y madura belleza de nuestra Madre. Así que tengo que contemplarla en las miradas que le dirige la gente que abarrotan la calle Jesús de la Vera Cruz, y la calle

Virgen de los Buenos Libros, y la calle Teniente Borges, y la Plaza del Duque, y toda la Carrera Oficial. Mirar a la Madre en los ojos de sus hijos... Muchos están por devoción, otros por tradición, y otros por curiosidad. No importa. Son ojos que miran a la Madre. Y la Madre los mira a todos. Los mira como Madre de Lágrimas y Favores, Madre del Mayor Dolor, Madre de las Tristezas. Y conoce sus nombres, sus historias, sus gozos y esperanzas, sus lágrimas y favores pedidos u otorgados, sus tristezas y mayores dolores.

Tenemos necesidad de esa mirada de ternura de la Virgen, de su mirada maternal que nos conoce mejor que cualquier otro, de su mirada llena de compasión y de atención. La mirada de María nos lleva a Dios. Su mirada es un regalo del Padre bueno, es un don de Jesucristo en la Cruz, que carga sobre sí nuestros sufrimientos, nuestras fatigas, nuestro pecado. Y es una gracia del Espíritu Santo.

La mirada de la Virgen nos ayuda a mirarnos de modo fraterno entre nosotros. María nos enseña a tener esa mirada que busca acoger, acompañar, proteger. Aprendamos a mirarnos unos a otros bajo la mirada maternal de María. No tengamos miedo de salir y mirar a nuestros hermanos y hermanas con la mirada de la Virgen. Ella nos invita a ser auténticos hermanos. Y no permitamos que algo o alguien se interponga entre nosotros y la mirada de la Virgen. ¡Madre, danos tu mirada! ¡Que nadie nos la esconda! Que nuestro corazón de hijos sepa defenderla de tantos discursos vacíos que prometen ilusiones. De quienes tienen una mirada ávida de vida fácil, de promesas que no se pueden cumplir. Que no nos roben la mirada de María, que está llena de ternura, nos da fuerza, nos hace solidarios entre nosotros.

María, tú estás erguida a los pies de la Cruz;
el discípulo más joven está a tu lado.
En medio del estruendo de los soldados y de la muchedumbre,
vosotros levantáis silenciosos, la mirada hacia Cristo.
María, has levantado las manos
para recoger la sangre que goteaba de la cruz,
savia del árbol de la vida.
Han regado tus lágrimas la tierra,
dónde tantas madres dejan a sus propios hijos.
Tú, desde el principio,
has meditado en tu corazón,
en el silencio y en el abandono,
en la paz y en la confianza

lo que viste y oíste.
Ahora ofreces a tu Hijo al mundo,
y recibes al Discípulo que Él amaba.
Desde aquel instante, Juan te acoge
en la morada del corazón y en su vida,
y la fuerza del Amor se difunde en él.
Él es ahora, en la Iglesia, el testigo de la luz
y con su Evangelio revela el Amor del Salvador.
Miradas que se entrecruzan entre la Madre
y el hijo encomendado.
No dejes nunca de mirarnos, Madre,
al pie de la Cruz.

Alrededor de la Cruz, gritos de odio,
a los pies de la Cruz, presencias de amor.
Está allí, firme, la madre de Jesús.
Con Ella otras mujeres,
unidas en el amor alrededor del moribundo.
Cerca, el discípulo amado, no otros.
Sólo el amor ha sabido superar todos los obstáculos,
sólo el amor ha perseverado hasta al final,
sólo el amor engendra otro amor.
Y allí, a los pies de la Cruz, nace una nueva comunidad,
allí, en el lugar de la muerte, surge un nuevo espacio de vida:
María acoge al discípulo como hijo,
el discípulo amado acoge a María como madre.
La tomó consigo como algo propio,
tesoro inalienable del cual se hizo custodio.
Sólo el amor puede custodiar el amor,
sólo el amor es más fuerte que la muerte (Ct 8, 6).

La Cruz no es sólo un ornamento para nuestras iglesias ni para nuestras cofradías, ni sólo un símbolo que nos distingue de los demás. Es el misterio del amor de Dios que se humilla por nuestra salvación. El cristianismo no es una doctrina filosófica ni tampoco es un programa de vida para ser educados en la paz. Tampoco es una propuesta cultural. Esas son las consecuencias. El cristianismo es una persona, una persona elevada en la Cruz. Una persona que se anonadó a sí misma para salvarnos. Cargó sobre sí el pecado. No se puede ser cofrade de la Vera Cruz sin comprender esta humillación profunda del Hijo de Dios, que se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo hasta la muerte de Cruz. Para servir. Para amar. No existe un cristianismo sin Cruz, no existe una Hermandad sin

Cruz, y no existe una Cruz sin Jesucristo, el rostro de la misericordia del Padre, y que contemplamos por la luz que nos da el Espíritu Santo.

Un cristiano que no sabe gloriarse en Cristo Crucificado, como nos diría San Pablo, no ha comprendido lo que significa ser cristiano. Nuestras llagas, las que deja el pecado en nosotros, se curan sólo con las llagas del Señor, con las llagas de Dios hecho hombre, humillado, anonadado. Este es el misterio de la Cruz. No es sólo un ornamento que debemos poner en las iglesias, sobre el altar. No, eso es un signo que llevamos en el pecho asido a un cordón entrelazado de seda o con una cadena de oro. Más allá del signo, en su realidad profunda, la Cruz es un misterio: el misterio del amor de Dios que se humilla, que se hace cautivo, para salvarnos de nuestros pecados.

¿Dónde está tu pecado? Tu pecado está allí en la Cruz. Ve a buscarlo allí, en las llagas del Señor, y tu pecado será curado y perdonado, tus llagas serán sanadas. El perdón que nos da Dios no es cancelar una cuenta que nosotros tenemos con Él. El perdón que nos da Dios son las llagas de su hijo, elevado en la Cruz. Acerquémonos a Él y dejémonos curar las heridas que nos ha causado el pecado.

Dulce Jesús,
subiste al Gólgota sin dudar ni vacilar, como gesto de amor,
y te dejaste crucificar sin lamento.
Humilde hijo de María,
cargaste con nuestra noche
para mostrarnos con cuánta luz
querías henchir nuestro corazón.
En tu dolor, reside nuestra redención,
en tus lágrimas, se bosqueja la hora
en la que se desvela el amor gratuito de Dios.
Siete veces perdonados
en tus últimos suspiros de hombre entre los hombres,
nos devuelves a todos al corazón del Padre,
para indicarnos en tus últimas palabras
la vía redentora para todo nuestro dolor.
Tú, el plenamente encarnado,
te sacrificas e inmolas en la Cruz,
solamente comprendido por Ella, la Madre,
que permanecía fielmente al pie de aquel patíbulo.
Tu sed es fuente de esperanza siempre encendida,
mano tendida incluso para el malhechor arrepentido,
que hoy, gracias a ti, dulce Jesús, entra en el paraíso.

Concédenos a todos nosotros, Señor Jesús crucificado,
tu infinita misericordia,
perfume de Betania en el mundo,
gemido de vida para la humanidad.
Y, confiados finalmente en las manos de tu Padre,
ábreanos la puerta de la vida que nunca muere
y que nace en la Santa y Vera Cruz.
Amén.